III. LITERATURA, FILOSOFÍA, RELIGIÓN

ANDERSEN, ØIVIND. — *Die Diomedesgestalt in der Ilias*. Oslo, Bergen, Tromsø, Universitetsforlaget, 1978, 150 pp.

Los fines del libro de Andersen en torno a la figura de Diomedes en la *Iliada* se comprenden mejor cuando se ha leído en el breve prólogo, que antecede a la obra, que este libro es la segunda parte de un trabajo, que, bajo el título de *Paradeigmata. Beiträge zum Verständnis der Ilias*, fue presentado como *Dissertation* en la universidad de Oslo. En efecto, un trabajo como el realizado por el estudioso noruego se coloca ya entre las numerosas aportaciones realizadas por la filología clásica sobre la comprensión de la *Iliada* y el problema de su unidad, hoy prácticamente admitida por todos.

A través de ocho capítulos, que recogen al final las notas explicativas y bibliográficas, Andersen sigue la aparición en la *Iliada* del héroe Diomedes, planteándose, cuando el texto lo exige, problemas relativos a las fuentes y a la unidad del poema homérico. Ya en la Introducción esboza el autor los fines y, en parte, también los resultados de su investigación, que toca los siguientes puntos: «El trasfondo de la figura homérica de Diomedes», «La introducción de Diomedes en la *Iliada* (Δ)», «Aristía de Diomedes (E)», «El encuentro de Diomedes y Glaucos (Z)», «Diomedes y Néstor (H Θ I)», «Diomedes en la *Dolonia* (K)», «Desarrollo final» y «Conclusión ($\Lambda \Xi \Psi$)». La figura del héroe Diomedes como imagen y como imagen opuesta a la de Aquiles, tesis de la que parte Andersen en su estudio, se defiende y se intenta demostrar a lo largo de todo el trabajo. Homero habría encontrado en Diomedes al héroe que, por un lado, podía rellenar suficientemente el espacio dejado por Aquiles con su retirada de la batalla, y, por otro, era la figura heroica adecuada para hacer algunas reflexiones sobre el heroísmo y el humanismo, altamente representados por Diomedes. Este héroe, frente a Aquiles, conoce las fronteras del hombre ante los dioses y en su piedad se mantiene dentro de una teología normal, enfrentándose a los dioses sólo cuando es empujado a ello por una diosa, Palas Atenea. Homero adorna, en fin, a Diomedes con unos rasgos que lo convierten en paradigma del héroe; pero la solidaridad de su carácter a través de todo el poema, incluso en la *Dolonia* (K), sirve además, dice Andersen, para reforzar la idea de la unidad de la *Iliada*, de la que él parte, nos dice, en su trabajo.

La bibliografía manejada por Øivind Andersen está dentro de los límites de lo fundamental. No pretende, al parecer, mostrar una erudición, que sí creemos que posee, abrumándonos con citas y libros que a veces sólo se han tomado de otros trabajos. Para su estudio la base era la *Iliada* de Homero y, si se quiere, las fuentes de este poema, así como unas obras básicas sobre el tema, y en su texto y en sus notas demuestra cumplidamente que conoce la bibliografía homérica para el desarrollo de su trabajo. La figura de Diomedes, diremos para terminar, ha sabido ser iluminada por el autor noruego en sus rasgos más destacados, para, a través de ella, llevarnos a una mayor comprensión del mundo de los héroes en la *Iliada*.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

HESÍODO. — *Obras y Fragmentos (Teogonía, Trabajos y Días, Escudo, Fragmentos, Certamen)*. Introducción, traducción y notas de A. PÉREZ JIMÉNEZ y A. MARTÍNEZ DÍEZ, Madrid, Gredos, 1978, 439 pp.

Además de la traducción, el presente volumen de la ya conocida «Biblioteca Clásica Gredos» contiene una introducción general más sendas introducciones parciales a cada una de las obras. Un índice de nombres y el índice general completan el libro, cuya extensión se reparte, más o menos al cincuenta por ciento, entre las contribuciones de ambos autores; es decir, la primera mitad la ocupan las obras propiamente dichas, que corren a cargo de A. Pérez, y la segunda mitad los fragmentos y el *Certamen*, de los cuales se ocupa A. Martínez.

La introducción general, menos el párrafo 5.º sobre «Transmisión y difusión del texto hesiódico», o, mejor dicho, toda la primera mitad del libro menos lo relativo a *Escudo*, sin ciertos cambios de reorganización nos era ya conocida por la ed. de A. Pérez, *Hesíodo. Teogonía. Trabajos y Días*, Barcelona, Bruguera, 1975, y, aparte del citado, consta de otros cuatro apartados sobre: 1. «Datos biográficos», 2. «El problema cronológico», 3. «El mundo de Hesíodo», 4. «Influencias orientales en la obra de Hesíodo». Los datos biográficos serían aquellos que se pueden extraer de las obras: padre de Cime (Eolia) establecido en Ascra (Beocia), pleito de Hesíodo con su hermano Perses... Los puntos, forzosamente vagos, en que se basa el debate cronológico son: una supuesta relación entre la fundación de Cumas y la llegada del padre de H. a Beocia, el material arqueológico que se hace eco de la temática hesiódica, las repercusiones en Arquíloco, la posición con respecto a Homero y una posible conexión del viaje del poeta a Calcis con la guerra Lelantina. El párrafo 3.º, excesivamente extenso en algunos puntos y no demasiado pertinente, puesto que no atañe exclusivamente a H. sino a la época arcaica en general, se refiere a las conocidas transformaciones socioeconómicas que tuvieron lugar en el período. El párrafo 4.º recoge los paralelos más notorios de las antiguas literaturas del Oriente Próximo a diversos mitos y a diversos temas y motivos didácticos respectivamente de *Teogonía* y *Trabajos*. El sustancioso párrafo 5.º procura la información esencial acerca de: el número de obras atribuidas a H., la transmisión del texto en la antigüedad, su difusión manuscrita, las ediciones más importantes, principales traducciones, ediciones españolas y una muy útil relación de las traducciones castellanas acompañadas de una breve reseña crítica. Sigue a la intr. una completa lista bibliográfica en la que, no obstante, se echan de menos autores tan importantes como Hoekstra, Pavese, Peabody, Krafft o la fundamental ed. individual de *Trabajos* de Mazon. En conjunto, tanto la intr. propiamente dicha como las parciales a cada obra constituyen un orientativo y bien documentado estudio, al que, si algo cabe reprochar, es una cierta inercia en su planteamiento, que ignora todo lo relacionado con la nueva consideración de este tipo de poesía como poesía de composición, o al menos de tradición, oral, así como sus peculiaridades estilísticas frente a Homero, con respecto al cual se sigue fomentando el tópico de la dependencia.

La intr. a cada una de las obras de la tríada en principio sigue un patrón expositivo fijo que comprende: el valor literario de la obra en cuestión, esquema argumental y lecturas divergentes de la ed. base, que es para las tres la de Solmsen, de la colección oxoniense. Las divergencias textuales se caracterizan principalmente por su tendencia a conservar, lo mismo que Mazon y, en lo que le toca, West, muchos de los pasajes que Solmsen es tan aficionado a atetizar, así como por una prudente

preferencia por las lecturas de los mss. Sin embargo, en el caso de *Trabajos* se acepta la alteración propuesta por Wilamowitz en el orden de 601-609 en el sentido de 602-605 tras 608, que no parece necesaria, y la conjetura de García Calvo ἐπιστάμενος en lugar de ἐπισταμένως, v. 107, que, pienso, no sólo no es necesaria (la traducción de lo que sigue será «...y tú grábalo en tu alma, consciente de que el mismo origen han tenido...»), sino que topa con la dificultad de que εἶ καὶ ἐπισταμένως es una fórmula bien establecida (Hom., *Il.* X 265, 161, 197; *h. Merc.* 390...).

Las traducciones son, en general, literales, tal vez excesivamente, pero precisas y adecuadas al tipo de lectores que principalmente cabe esperar. Entre las notas hay algunas verdaderamente ilustrativas, como las que atañen, en el caso de *Teogonia*, al proemio; Nereidas, Ríos y Oceánides; himno a Hécate; mito de Prometeo; en el caso de *Trabajos*, sobre: la fábula del halcón y el ruiseñor, los problemas de los *Días* —que, en forma ampliada, A. Pérez ha publicado aparte en las *Actas del V Congreso Español de E. C.* y en *EMERITA* 45, 1977—, y el comienzo y la serie de mitos. No obstante, en las traducciones, aunque no es frecuente, a veces hay descuidos, que suelen ser de los siguientes tipos:

Repetición de una misma palabra en breve intervalo correspondiendo a dos términos griegos diferentes, como en *Teog.* 68-70 «con su bello canto... al son de sus cantos» (ὄπι... ὕμνεύσας), 220-222 («delitos»), 410-412 («espléndido»), 489-490 («invencible»), 986-987 («ilustre»); *Esc.* 116-117 («palabras»), 151-153 («tierra»).

Trivialización del matizado sentido de ciertos términos, especialmente adjetivos, como *Teog.* 440 γλάκην «el mar» (p. ej. «el azul»), 620 εὐροδεῖης «espaciosa» («de anchos caminos»), etc.

Imprecisión o tergiversación del sentido: *Teog.* 81-82 «Al que honran las hijas del poderoso Zeus y advierten que desciende de los reyes vástagos de Zeus...» («Aquél de entre los reyes vástagos de Zeus a quien honran las hijas de Zeus poderoso y en el que al nacer ponen sus ojos...»), 115 «decidme lo que hubo antes de aquéllos» («de ellas [ταῦτα «esas cosas»] decidme qué existió primero»), 240 «Adorables y divinas hijas...» («Hijas difíciles de igualar entre las diosas...»), 416-418 «cuando alguno de los hombres de la tierra propicia celebra magníficos sacrificios, según costumbre, invoca repetidamente a Hécate», 703-704 «tan gran estruendo se levantó cuando...» («se hubiera levantado si...»); *Trab.* 260 «para que el pueblo castigue...» (ἀποτείσῃ), 434 «y si tú llevas uno...» (ἄξιας, de ἄγνομι), 439 «no tirarán por alto el arado» (κατ-ἄξιαν de κατάγνομι), 476 «si tienes en abundancia llegarás a la blanca primavera» («llegarás desahogadamente...»).

Omisiones y probables *lapsus*: *Teog.* 433 προφρονέως, 454 Δήμητρα, 584 θαυμάσια, 710 σμερδαλέης ἔριδος, *vid.* 788, 840, 904...; *Trab.* 31 «en cuya casa (no) se encuentra», 92 ἀγραλέων, 197 καλόν, 479 δῖαν, 572 «podar las viñas» («cavar»), *vid.* 653, 671; *Esc.* 29 ἀλφειστῆσιν, 54 δορυσσόφ «incitador de ejércitos» («blandidor de lanza»), 158 τεθνηῶτα, 308 ῥυτά χαλαίνοντες, *vid.* 340.

En la transcripción de los nombres también se observan algunas inconsistencias. Así, en *Teog.*, choca «Euríala (Εὐρύαλη 276), pero «Eunica» (Εὐνίκη 246) parece inadmisibles frente a Eunice, onomástico de diversas lenguas modernas; no menos extraño resulta «Pégaso» (281) para referirse al caballo cuyo nombre ha sido tan popularizado concretamente en España; «Pitia» es referido no a la sacerdotisa, sino al lugar (Πυθοῖ 499), que en fr. 60, 2 es transcrito regularmente, «Pito» (si bien en este caso una graffa latinizante, Pyto, hubiera paliado el efecto un tanto cómico); en *Trab.* «Leneo» para el mes Ληναιῶνα 504.

Tras unos breves párrafos de introducción al conjunto de los fragmentos sobre la labor de reconstrucción que supone el tratar de individualizar cada una del relativamente elevado número de obras que se ocultan tras casi 400 fragmentos cuyo total de versos, sin contar los *testimonia*, se aproxima al de las tres obras conservadas, sendas introducciones sucintas abordan aquellos puntos que son más pertinentes para cada uno de los once títulos recuperables, refiriéndose en general a la temática, la autenticidad y la importancia literaria. Como siempre, un último párrafo advierte de las lecturas divergentes respecto de la ed. base de Merkelbach-West, Oxford 1967.

Por último se incluye la traducción, precedida de una bien enfocada pequeña introducción, del *Certamen de Homero y Hesíodo*, que, si bien es editado por Allen en el tomo V de *Homeri Opera*, que sirve de base a la presente, en realidad a igual título puede ser comprendido entre la obra hesiódica, puesto que, sin ser ni del uno ni del otro, atañe por igual a ambos.

La traducción, tanto la de los fragmentos como la del *Certamen*, es ajustada y ágil. Las notas, eruditas, ayudan a completar y comprender un texto tan mutilado, a cuyas características especiales se deben sin duda en parte algunos descuidos que es dado observar. Así, omite: fr. 12 Ὠλένου τῆς Ἀχαΐας, fr. 23, v. 18; fr. 24 καὶ Λήδας; fr. 26, 4 μεγασθενεί, v. 12, escol. Sof. *Traq.* 272; fr. 29 ἴκοντο; *vid.* 33a; 29; 43b; 43c; 52... En la transcripción de los nombres hay también alguna que otra irregularidad: fr. 27 «Telsínoe» (Θελεσινώη), fr. 59 «Iago Bebe» (Βοιβιδόος), *vid.* 193; *Cert.* 51; aunque quizá se trate de errores de imprenta.

El útil índice de nombres final tampoco está exento de omisiones —Abante: fr. 244, 5; Afidante: 129, 18...—, al tiempo que delata ciertas incoherencias del texto en la transcripción: Prónoa, Prónoe (ambas Προνόη); Euríala, Euríale (ambas Εύρουάλη).

Nos hallamos, en suma, ante un digno auxiliar, útil tanto para el estudioso de la filología clásica como para una lectura independiente de este Hesíodo que todavía tiene tanto que enseñar, incluso en esos fragmentos de que ahora disponemos por primera vez en nuestra lengua en una versión actualizada y completa y en una edición asequible y de agradable presentación.

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DELGADO

HÖLSCHER, Uvo. — *Der Sinn von Sein in der älteren griechischen Philosophie*. Heidelberg, Winter Universitätsverlag, 1976, 48 pp.

Una lucha de gigantes llamó Platón a los esfuerzos por clarificar el ya viejo problema ontológico. Efectivamente, desde Parménides, parece como si el centro de la reflexión filosófica lo constituyese el sentido del verbo *ser*. Esta misma lucha ha tenido lugar también en la bibliografía que intenta esclarecer su significado, mirando detrás de aquellos textos en los que se utiliza el término *ser*. El problema tiene una doble vertiente. Por un lado se trata de descubrir la intuición que subyace a este término cuya vaguedad fue, desde siempre, su esencial característica. Por otro lado, un largo trabajo filológico ha pretendido analizar las funciones del verbo *ser* y descubrir así, en medio del tejido del lenguaje, las articulaciones semánticas que lo sostienen.

XLIX, 1.º — 14

El estudio de Hölscher se inserta en esta segunda corriente de investigaciones, siguiendo una metodología histórica que, con una inversión de planteamientos, nos hace retroceder desde Aristóteles a Parménides; desde la multiplicidad de formas de predicación del ser hasta la unidad absoluta del eleatismo. Estos dos extremos tensan un arco cuyo centro podría ser Platón, lugar equidistante entre la explicación aristotélica del mundo como un sistema de movimientos, que hacen posible establecer determinadas regularidades, y la gran paradoja de Parménides que afirma la imposibilidad del movimiento, del cambio y de la alteridad. Sólo hay un ser único e inmóvil, parecido a una esfera eterna y plena. Esta doctrina clásica en los orígenes de la filosofía, marca, al parecer, un momento característico del pensamiento primitivo. Porque la variedad aristotélica surge a medida que los conocimientos especializados y nuestro saber del mundo van separando ámbitos, señalando diferencias, estableciendo oposiciones en la originaria esfera del ser. Con todo, el problema propuesto por Parménides no puede explicitarse aludiendo únicamente a posibles confusiones entre ser predicativo y ser existencial.

En doce breves apartados analiza Hölscher algunos puntos de inflexión de ese arco tensado paradójicamente entre la variedad y la unicidad. Sobre las significaciones del ser que escaparon a Parménides, las teorías aristotélicas del accidente y de las categorías, los niveles de la predicación y el *homo mensura* de Protágoras, Hölscher ha realizado diversas calas interpretativas, para ver si a través de ellas podía vislumbrarse, aunque fuera fugazmente, la intuición que justifica esa redonda coherencia del ser inmutable, imperecedero e inmóvil, con el que se echó a rodar la ontología. Porque si, efectivamente, el *ser* está unido indisolublemente al término que lo expresa y si la metafísica sobre el ser no es, en su raíz, sino una variante especulativa sobre un aspecto esencial de las lenguas indoeuropeas, ¿qué sentido tiene la investigación de esa filosofía primitiva en torno al verbo *ser*? ¿Qué problemas filosóficos de identidad o diferencia pueden desglosarse como filosofía si sólo en la glosa lingüística aparecen?

El importante libro de Charles Kahn, *The Verb 'be' in Ancient Greek (Foundation of Language, Suppl. 6, Reidel 1970)* había insistido en el originario carácter copulativo, o sea, fundamentalmente lingüístico, del verbo, aunque en un principio parece que εἶμι fuera sinónimo de «yo vivo». Todas estas reducciones al origen se mueven, sin embargo, en un ámbito especulativo tras el que resulta difícil intuir la realidad. Se parte además del supuesto de que esta operación hermenéutica puede abrirnos alguna puerta misteriosa hacia la definitiva curación del malestar filosófico.

Hölscher llega a la conclusión de que, tal vez, en el fondo de este «ser», que oscila entre el territorio existencial y el lingüístico, no haya sino un nuevo modo de expresar aquel fenómeno característico del ser humano: el conocimiento. Ser es, pues, sinónimo de conocer, de constatar vital e intelectualmente la presencia de una realidad. Nivel esencial de la vida e inevitable presupuesto de la existencia humana, el problema ontológico no oculta otra cosa que aquello que subyace a toda filosofía, a toda reflexión sobre el lugar del hombre en el Cosmos. La seca y rigurosa argumentación del autor nos lleva a una conclusión que no se halla suficientemente explicitada en sus premisas, pero que coincide plenamente con la vanguardia de conocimientos que hoy, más que nunca, exige de nosotros una verdadera renovación en la filosofía.

E. LLEDÓ

PINTACUDA, MARIO. — *La musica nella tragedia greca*. Cefalù, Lorenzo Misuraca editore, 1978, 236 pp.

Este libro, la mayor parte del cual se refiere a la música en Esquilo, Sófocles y en los «innovadores» y Eurípides, comienza con una introducción y una serie de capítulos que tienen trascendencia no sólo para la música de la tragedia, sino también para toda la música griega en general. Así, el contenido del libro rebasa ampliamente aquello que promete el título; aunque también hay que decir que en lo relativo a los tres trágicos da en realidad menos, y no por culpa del autor, sino de la escasez de los datos que a nosotros han llegado.

Toda la parte relativa a la música y la danza en la tragedia y en general, es excelente: la exposición de los datos y de la bibliografía es exhaustiva, clara y crítica, tomando posiciones el autor, allí donde las toma, con mesura y buen tino. No puede decirse que sea muy original o que aporte grandes soluciones nuevas, pero quizá en este terreno esto es hoy por hoy imposible y una buena exposición como ésta es lo que nos hacía falta. Exposición, como decimos, muy al día y muy sugerente.

La Introducción presenta una muy completa reseña sobre nuestras fuentes de la música antigua y los estudios e interpretaciones modernos. En realidad, se completa en los capítulos siguientes, que, como decimos, rebasan lo que ofrecen sus títulos. Así el primero, «Las partes musicales de la tragedia», donde es especialmente sugestiva la discusión del *stásimon* y la de la *parakatalogé*, que atribuye fundamentalmente, parece, a las partes estíquicas de los epirremas (en realidad, los criterios para ver dónde la había y dónde no, siguen siendo poco claros). Más interesante es aún el segundo sobre el *nomos*, los modos y géneros y el *ethos* de la música griega. El concepto de *nomos*, extraño a los modernos, es iluminado con paralelos orientales, que hacen ver que estructuras melódicas tradicionales podían ser conformadas luego individualmente (aunque, evidentemente, el origen de tal o cual *nomos* es con frecuencia un acto de creación). Todo el estudio del *nomos* en general y los diversos *mele* en particular, sobre todo los *íálemoi* y el «*melos* de Hades», es ejemplar (para el *harmáteion melos* querría señalar aquí mi hipótesis en EMERITA 46, 1978, p. 290 s.) y hace ver la tragedia (y la lírica y el teatro griegos en general) como creaciones basadas en esquemas melódicos tradicionales, ajustados a los temas. En este mismo capítulo es importante y detallada la discusión sobre los modos musicales y el *ethos*, ya puesto en duda en la misma Antigüedad.

El capítulo III se ocupa de la unión del ritmo y el acento, la relación entre estrofas y antístrofas y el uso de la danza: temas capitales para la comprensión de la música y el teatro antiguos. Expone detenidamente la documentación existente para apoyar la tesis sostenida especialmente por L. Gamberini de que la melodía respetaba la acentuación del griego, sugiriendo explicaciones sobre los raros desajustes existentes: teoría altamente verosímil, pero que choca con el escollo de que, en este caso, era poco factible adaptar una misma melodía a estrofas y antístrofas. Este tema es discutido sobre la base del pasaje de Dionisio de Halicarnaso II 63 y sus intérpretes modernos: aquí hay que decir que el autor parece aceptar la teoría de la melodía única (con variaciones en Eurípides), pero deja intacto el problema de fondo de cómo ajustarla a acentuaciones diferentes. Tampoco se llega (ni es fácil llegar) a conclusiones claras sobre la relación de la estrofa y la antístrofa con la danza; el autor sigue más bien la opinión de que, aun repitiéndose la melodía, la

danza variaba. Sugiere que un semicoro podía danzar mientras el otro cantaba y viceversa, y que el epodo era cantado sin danza por todo el coro.

En conjunto, todo esto ofrece un panorama completo y al día de lo que podemos saber sobre la música griega en relación con el ritmo y la danza. Como decíamos, el estudio de la música en los tres trágicos sufre de la escasez de nuestros datos, por más que se apoye en las conclusiones anteriores y en cosas nuevas: datos en Esquilo sobre los cantos rituales y populares por él seguidos, datos sobre la nueva música de diversos líricos y de Eurípides. En estos dos terrenos el estudio de Pintacuda es importante, sobre todo en lo relativo a la interpretación sobre el uso del género enarmónico con sus cuartos de tono, del cromatismo, etc. (p. 157 ss.). Fuera de esto, nuestro autor ha de contentarse con estudiar una a una las tragedias de los tres trágicos y señalar la relación entre la acción y los diversos tipos de estructuras corales (y epirremáticas, diálogos líricos, etc.), así como la métrica. Estudio interesante, evidentemente, pero más que musical referido a la métrica y la estrófica, en un sentido amplio.

Este es un dominio que tiene una bibliografía aparte y que podría llevar más lejos, sobre todo en lo relativo a la relación entre géneros rituales y tragedia y al origen y evolución de la misma. Me gustaría señalar que el autor podría haber encontrado, creo, cosas aprovechables para su tema en mi *Fiesta, Comedia y Tragedia* (Barcelona 1972), que desconoce; y también en otra bibliografía. Es ésta, en realidad, la parte más incompleta de la obra, por razones ya dichas. Aunque está tratada con dignidad y puede ser leída con provecho.

FRANCISCO R. ADRADOS

PINTACUDA, MARIO. — *Tragedia antica e musica d'oggi*. Cefalù, Lorenzo Misuraca editore, 1978, 62 pp.

El tema de este pequeño, pero interesante, libro es aclarado muy convenientemente por el subtítulo, que dice «La musica nelle rappresentazioni moderne dei tragici greci in Italia». Efectivamente, el libro recoge la historia de las representaciones de tragedias griegas en Italia a partir de 1904, deteniéndose muy especialmente en la música compuesta para las mismas. Fue Ettore Romagnoli, el gran helenista, el promotor de las primeras representaciones y autor tanto de las traducciones como de la música; luego hubo una distinción entre los helenistas autores de las traducciones y los músicos autores de la música de los corales.

Nuestro autor conoce bien el tema y da una idea clara de los distintos intentos, sobre bases muy diferentes, para dar un apoyo musical a los textos antiguos: no en vano es Italia la patria de la ópera, nacida del intento de imitar la tragedia griega. Como decimos, los tratamientos de los corales han sido muy varios, a partir de Romagnoli. Si Mulè intentó a veces apoyarse en cantos populares sicilianos, De Bosio hizo en 1953 un *Agamenón* en que la música casi se reducía a golpes de gong y tímpano y, en el otro extremo, Vlad presentó en 1957 una *Ifigenia en Táuride* con una verdadera *aria* de ópera de 25 minutos de duración; luego se han ensayado la música electrónica y otros recursos todavía.

Todo esto, sea cualquiera el éxito de tal o cual ensayo, representa un esfuerzo muy importante, junto al relativo a las traducciones, la puesta en escena y la re-

presentación en general: esfuerzo cuyo mérito hay que atribuir al *Istituto Nazionale del Dramma Antico* que hoy dirige el profesor Monaco y que organiza cada dos años representaciones que alternan con congresos o coloquios de estudiosos del mismo tema. Todo un programa para España, país en que, salvo excepciones (casi siempre a cargo de estudiantes y aficionados) el drama antiguo se ha presentado sólo esporádicamente y, en general, a partir de «adaptaciones» deformantes y con puestas en escena barrocas y populacheras.

El libro concluye con un completo elenco cronológico de las tragedias y comedias antiguas puestas en escena en Italia a partir de la fecha indicada en los teatros antiguos que se conservan: en Siracusa, Taormina, Pompeya y Ostia sobre todo (excepcionalmente en teatros modernos). Se dan todos los datos útiles: traducción, intérpretes, dirección, música y fecha y lugar de las representaciones.

FRANCISCO R. ADRADOS

LEFÈVRE, ECKARD (Editor). — *Das römische Drama*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1978, XII + 463 pp.

Hasta la aparición del presente volumen existían sólo dos libros, de fecha relativamente reciente, que pueden calificarse como historias del teatro latino, el de W. Beare, *The Roman Stage. A Short History of Roman Drama in the Republic* (Londres 1950₁, 1955₂), y el de E. Paratore, *Storia del teatro latino* (Milán 1957). Son dos obras bien conocidas, que alcanzaron amplia difusión, existiendo varias reimpressiones, así como traducción española, de la primera (*La escena romana*, Buenos Aires 1964), si bien la de Paratore hace ya muchos años que no se encuentra en las librerías. Sin embargo, la publicación de un nuevo manual sobre el tema no resulta empresa innecesaria, sino muy al contrario: veinte años de estudios continuos sobre la tragedia y la comedia romanas, en más de una ocasión con enfoques desde perspectivas nuevas, harían esperar una historia del drama bastante distinta de las precedentes.

El volumen colectivo que dirige Lefèvre aparece fechado en Darmstadt en el año 1978, sin embargo, es bastante anterior en realidad: contiene capítulos redactados ya en 1971, 1972 y 1973 (cf. p. 460); es éste un dato que debe tenerse muy presente, por cuanto la bibliografía empleada incluye contados títulos posteriores a 1970.

El libro resulta sorprendente en tantos aspectos que exigiría un comentario muy detallado, mucho más extenso del que vamos a hacer. En primer lugar, es llamativa su organización, acaso debido a la pluralidad de los colaboradores; he aquí la ordenación y contenido de sus capítulos: Ensayo de una tipología del drama romano (Eckard Lefèvre, pp. 1-90); Condicionamientos y orígenes de la comedia romana (Jürgen Blänsdorf, pp. 91-134); Plauto (Jürgen Blänsdorf, pp. 135-222); Terencio (Herbert Juhnke, pp. 223-307); La tragedia republicana (Hubert Cancik, pp. 308-347); Mimo y Atellana (Rudolf Rieks, pp. 348-377); Tragedias de Séneca (Gustav Adolf Seeck, pp. 378-426); El drama en tiempo de los emperadores (Ilona Opelt, pp. 427-457). Una simple lectura del enunciado de estos apartados, de su ordenación y su extensión puede servir de testimonio del principal defecto achacable al libro: su falta de organización. En efecto, sólo por poner algún ejemplo, no vemos cómo puede dedicársele a la sola figura de Plauto un espacio doble al destinado al estudio

de toda la tragedia republicana; no entendemos muy bien por qué se estudian por separado, y lo que es peor, en orden inverso al que sería lógico, las tragedias de Séneca y el drama del Imperio; no conseguimos entender (y dudamos que lo consiga alguien) que la *fabula togata* se presente como una especie de apartado final del capítulo dedicado a Terencio, y venga despachada del modo más superficial en dos páginas y media (pp. 302-304), etc.

Aunque el volumen prescinde de la noción de «historia» en su título, como historia de la tragedia y la comedia se presenta en última instancia. Por ello, hubiera sido muy de desear que su estructura prestase verdadera atención a esa noción, de modo y manera que la concatenación cronológica entre *palliata - togata*, *Atellana* y mimo resultase obvia al lector; si algo tiene de positivo el hacer «historia» del drama latino son precisamente las constantes de tal concatenación, que explican en buena medida el desarrollo del mismo. En esta obra, ese elemento queda casi por completo disipado.

Incluso prescindiendo de la noción de historia literaria, en más de un aspecto el volumen no sale mejor parado. El capítulo de la tragedia de la República, en que se tocan de modo bastante aceptable multitud de aspectos fundamentales, resulta en cambio muy empobrecido por el tratamiento unitario dado a Ennio, Pacuvio y Accio, cada uno de los cuales merece un capítulo propio, o al menos un párrafo. Por muy fragmentarios que hayan llegado a nosotros, no puede olvidarse que ellos han sido los tres grandes trágicos de Roma, y que su obra supuso en la historia del drama, o en la de la literatura latina en general, más que las tragedias de Séneca, a las que en cambio se les dedica un amplio apartado, articulado en ocho capítulos.

Sin entrar en otros pormenores que exigirían un amplio comentario (así, la extraña estructura del estudio sobre Plauto), hay que reconocer, pese a cuanto llevamos dicho, que el volumen presente ofrece una visión en general válida de muchos aspectos del drama romano. De su lectura puede obtenerse un conocimiento aceptable de la obra de los dramaturgos que han llegado hasta nosotros en forma completa (Plauto, Terencio y Séneca), en menor medida de los autores y de los subgéneros fragmentarios. Lo más criticable resulta sin duda que el desarrollo histórico del drama latino se sigue muy difícilmente; pensamos que, cuando una obra de este tipo se confía a varios colaboradores, solamente una planificación muy cuidada de método, contenidos y desarrollo puede dar un resultado positivo.

Señalemos, por último, la magnífica presentación de la obra, muy cuidadosamente impresa y encuadernada.

ANDRÉS POCIÑA

GRIMAL, P.—*Le lyrisme à Rome*. Paris, Presses Universitaires de France, 1978, 304 pp.

Partiendo de una definición negativa de lo lírico (es decir, entendiendo por lírica toda la poesía que queda fuera de los géneros épico, dramático, satírico y epistolar), ofrece Grimal en este libro, que viene a sumarse al abundante caudal de sus estudios sobre el mundo romano, una rica panorámica de la poesía lírica latina de inspiración no cristiana.

Desde los orígenes remotos que se confunden con una poesía oral preliteraria hasta los versos de Claudiano y Rutilio Namaciano, se despliega aquí todo un abanico de agudas sugerencias y de profundas observaciones, en el que se va pasando revista a los elementos líricos del teatro, a la poesía de los neotéricos, a los poetas elegíacos, al género bucólico, a Horacio y su círculo, al epigrama, a la fábula, a la poesía de circunstancias, etc. Todo ello enmarcado entre una introducción, en la que se esbozan una definición y una breve descripción del desarrollo de la lírica entre los griegos, y unas conclusiones que recogen aquellos rasgos, a juicio del autor, más característicos del lirismo de los romanos.

Se consigue así una visión de conjunto de tan rica parcela de la literatura latina, visión de conjunto a todas luces efectiva, pues sin duda es éste uno de los terrenos menos abordados desde una perspectiva general.

Precisamente es en este sentido en el que se puede echar en falta en el libro que ahora comentamos un planteamiento orientado más a ofrecer una visión orgánica del «género» que a llevar a cabo una descripción de las distintas corrientes y subgéneros dentro de la lírica latina, que es en realidad lo que aquí, sin duda alguna con maestría, se hace.

Efectivamente, el libro de Grimal, a pesar de su título, resulta más una inteligente y sugestiva descripción de los distintos subgéneros y movimientos líricos entre los romanos que un estudio sistemático de la expresión lírica de este pueblo. Como se da a entender en la misma contraportada, más que de un estudio estructural se trata aquí de un análisis de una serie de obras «saisies chacune dans son individualité».

Se sigue de este modo echando en falta una definición (o un intento de definición) de la lírica latina como tal género literario frente a otros géneros (esto, como ya hemos dicho, sólo se hace, de pasada, negativamente); como lírica latina, frente a la lírica griega, de un lado, y frente a la lírica moderna, de otro.

Se echa igualmente en falta una aproximación al concepto de lírica que tuvieron los propios romanos.

Pero, sobre todo, no encontramos en este libro un planteamiento general de los contenidos y de las formas de la lírica, ni un estudio sistemático de aspectos como el del carácter cantado o recitado de esta poesía, el de sus componentes populares y literarios, el de sus variantes corales y monódicas, etc.

Todas estas vertientes del problema, cuyo estudio sistemático echamos en falta, están ciertamente apuntadas a lo largo del libro, e incluso a veces se inicia un planteamiento orgánico, como es el caso, por ejemplo, del capítulo dedicado al «lirismo de aparato», pero no es ésta la tesis básica en que Grimal se ha situado.

Ha preferido el autor seguir un camino preferentemente descriptivo. Y ello quizás por el tono de alta divulgación en el que el libro parece haber sido concebido y realizado.

En este sentido, acertadamente, con miras a posibles lectores poco familiarizados con la lengua latina, se traducen en notas a pie de página los textos. En tales notas se dan también algunas indicaciones bibliográficas.

Completan el libro un índice de poetas citados y otro de términos técnicos de métrica. Quizás hubiesen sido rentables un índice de materias y otro bibliográfico con una selección de los estudios más destacados en este campo.

J. LUQUE MORENO

CUPAIUOLO, FABIO.— *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'impero*. Napoli, Società Editrice Napoletana, 1978, ristampa, 220 pp.

No es empresa simple condensar en 220 pp. lo que de rico, vario y bello encierra la poesía latina del siglo I. Tarea ardua y compleja, pero atractiva. El autor ya nos había dado muestras de su capacidad de síntesis en *Tra poetica e Poesia*, Napoli 1966, predecesora del presente trabajo. La presente obra es una reimpresión de la edición de 1973, que tuvo una acogida francamente positiva (cf., por ejemplo, la reseña de Bardón en *Latomus* 34, 1975, pp. 1142-3).

En el primer capítulo (pp. 9-46), el autor estudia los cambios socio-políticos que incidieron en los literarios del siglo I. El poeta de esta época no aspira ya a llegar a un modelo de perfección, su nueva meta ya no es el respeto por el *decorum* o *πρέπον*, como en la edad augústea, sino la búsqueda de la *nouitas*, la pérdida «della moderazione» y el desarrollo del yo (cf. Séneca, *Epist.* 65, 115: *me prius scrutor, deinde hunc mundum*). La obra que, a juicio de F. Cupaiuolo, marca el cambio en los gustos literarios viene representada por las *Metamorfosis* de Ovidio con la descripción de «un mondo in continuo movimento, sempre moderno, volutamente 'nuovo'». Persio es el segundo poeta que contribuye a acentuar los nuevos rumbos de la poesía postaugústea: así como G. Mahler buscó nuevas dimensiones a la música sinfónica agotando las posibilidades instrumentales, de la misma forma —el tiempo y el objeto es otro cantar— Persio cifró sus esfuerzos en expresar las posibilidades semánticas de la lengua. Igualmente, el gusto por lo barroco en Séneca «trágico» y en Lucano marcaría el giro que se produjo en la poesía del siglo I.

Examina en el segundo capítulo (pp. 47-97) la influencia que ejerció —para bien o para mal— la retórica en la obra de Ovidio, Persio, Lucano y Séneca, en quienes los elementos retóricos rebasan la justa medida del ornamento para convertirse en «elementi costitutivi ed essenziali». Destaca el análisis que hace de las fábulas de Fedro, cuyos elementos son en un elevado porcentaje: a) *promythium* o «massima morale», b) «introduzione», c) «nucleo narrativo» (*narratio, expositio, fabula*), y d) «replica finale». De Séneca resalta las largas *ρήσεις* o enumeraciones, amén de los *topoi* tradicionales de la retórica.

Pasa a examinar en el capítulo tercero (pp. 98-139) el cambio de modelos de los poetas postaugústeos, quienes no mantuvieron una dependencia estrecha de los modelos griegos, que fueron cambiados, en parte, por los modelos latinos. Así, Ovidio es un gran deudor de Lucrecio y Virgilio, Manilio de Lucrecio o las *Geórgicas* y Calpurnio Sículo de las *Bucólicas* virgilianas. Los poetas de la época flavia representan un «ritorno puro e semplice al passato»: Valerio Flaco, Silio Itálico y Papinio Estacio toman como canon a la *Eneida*, no a la épica griega.

Muy interesante es el capítulo cuarto (pp. 140-164) sobre «L'apporto della filosofia al sostrato culturale della poesia». En Ovidio aparecen influencias pitagóricas, heraclíteas y estoicas. Los *Astronomica* de Manilio están impregnados del estoicismo cosmológico de Posidonio. Pero fue el estoicismo la doctrina que más aportó a la obra de Persio, Juvenal, Séneca y Lucano. Este último se esforzó inútilmente por encontrar la verdad (V 130 *spes... improba ueri*); la aspiración a la libertad y su oposición a toda clase de tiranía no es sino reflejo de la doctrina estoica (p. 157); Catón, por ejemplo, el paladín de la libertad, es el modelo del sabio estoico.

Otra nota característica de la poesía del siglo I (pp. 165-178) es la «ricerca del reale», reflejada sobre todo en Marcial (X 4, 10: *hominem pagina nostra sapit*) y Juvenal, quien describiera la vida cotidiana de forma insuperable.

Por último, dedica el capítulo sexto (pp. 178-217) a los cambios políticos de la época. El hombre del siglo I «non ha quella fiducia nella libertà e nel valore dell'individuo». De ahí que triunfe el lema estoico ἐλεύθερος ἔνδοθεν. Y, desde luego, la crisis moral y política influyó en el campo literario. Surge la adulación, pero, como contrapartida, la «diffidenza, ostilità e opposizione» (pp. 195-213) de escritores que sufrieron el poder castrante de la censura (cf. L. Gil, *Censura en el mundo antiguo*, Madrid 1961, p. 221 ss.). En esta parcela destaca Fedro, defensor de la *dignitas* «umana delle classi umili, degli indifesi, dei poveri». Mas los líderes de la oposición ideológica con implicaciones culturales de origen estoico estuvieron representados por Persio, Séneca y Lucano. Séneca, por citar un punto de muestra, celebra en la *Apocolocintosis* «il ritorno dell'età dell'oro nel periodo del regno di Nerone». Con todo, no todos se opusieron al nuevo *status* socio-político: Valerio Flaco dedicó su poema a Vespasiano, Estacio inauguró la «poesia di corte» y Marcial «adulò anche grottescamente cadendo in concetti artificiosi».

En suma, estamos ante un estudio claro y sugestivo para una comprensión global de la poesía latina del siglo I. La reimpresión no ha sido casual. El objetivo que se propuso F. Cupaiuolo en el prólogo de ayudar a la «lectura» de los poetas de la edad postaugústea ha sido plenamente conseguido.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

LEFÈVRE, E. (Editor). — *Der Einfluss Senecas auf das europäische Drama*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1978, 496 pp.

La influencia del teatro de Séneca sobre los modelos dramáticos europeos ha sido enorme y, como señala el editor en su prólogo, desproporcionada con relación a los modelos griegos en que se inspiraba. Sin embargo, el estudio de su transmisión e influencia en las distintas literaturas europeas no había recibido hasta la fecha una atención pareja a su importancia. Estudios parciales y en su mayor parte de difícil acceso era todo lo que se ofrecía al lector. A completar esta laguna viene dirigida la presente obra colectiva editada por Eckard Lefèvre, obra que pese a su carácter totalizador y su pretensión de globalidad, y pese a sus numerosos aciertos, no ha conseguido su finalidad de constituir un compendio de la influencia de la dramaturgia de Séneca sobre la europea. Dar a un volumen colectivo redactado por diferentes autores, como es el caso del que ahora comentamos, una unidad de conjunto es algo que sólo se logra mediante la aplicación unitaria de unos criterios metodológicos que faltan en este caso.

En una época como la actual que se caracteriza por el rechazo de la *Quellenforschung* y de la filología mecanicista de las influencias literarias, la novedad sólo podía venir desde el punto de vista de la renovación metodológica. Algo de eso hay diseminado a lo largo de los diferentes capítulos, como cuando en el dedicado a la transmisión e influencia en época medieval, P. L. Schmidt recoge las teorías de la moderna «estética de la transmisión» representada por autores como R.

Warning, H. Heuermann o K. Lubbers, y sustituye el término «influencia» (*Einfluss*) por la pareja dinámica de conceptos *Wirkung / Rezeption*, entendiéndolo por el primero aquellos aspectos de la transmisión literaria condicionados directamente por el «texto», y reservando el segundo término para los elementos externos a éste, bien en su concretización literaria, bien en la formación de la transmisión y valoración del texto. Con ello se intenta superar una interpretación completamente immanente o ergocéntrica de la obra literaria y sustituirla por una relación dialéctica entre textualidad y condicionantes externos. En este sentido, distingue P. L. Schmidt entre la «estética de la recepción» concebida como la reconstrucción del horizonte espiritual en el cual un texto clásico puede representar una respuesta potencial, y la «investigación de la recepción» entendida en un sentido más limitado como la cuestión de las relaciones entre el lector y la obra, siendo este último apartado al que se dedica la atención preferente de los diferentes autores. Sin embargo, estos presupuestos metodológicos no son mantenidos más que esporádicamente en el resto de la obra.

El libro presenta una introducción general sobre la dramaturgia de Séneca en el marco general de la escena romana, en el cual el editor se limita a resumir las conclusiones de un estudio previo, «Typologie des römischen Drama», aparecido en el volumen también editado por él *Das römische Drama*, Darmstadt 1978, en el que caracteriza el género dramático en Roma y las peculiaridades internas de la tragedia senequiana que posibilitaron la influencia dominante de su concepción trágica sobre el drama europeo desde el Renacimiento hasta finales del siglo XVIII.

Tras este estudio inicial, P. L. Schmidt estudia en un capítulo la transmisión de las tragedias de Séneca durante la Edad Media, estudio que representa un anticipo de un libro que sobre este mismo tema prepara el autor, capítulo que sin llegar a los extremos alcanzados por el libro de L. D. Reynolds sobre la transmisión manuscrita de las cartas de Séneca, ofrece un resumen bastante completo del estado de la cuestión, aunque sin aportaciones personales.

A continuación, ocho capítulos dedicados cada uno a las diferentes literaturas europeas, redactados por especialistas ya conocidos en sus diferentes dominios, como en el caso de la literatura española, obra de K. A. Blüher, autor de un importante libro sobre la influencia de Séneca durante el Siglo de Oro, o el dedicado a la literatura alemana, obra de W. L. Liebermann, conocido ya por su libro *Studien zu Senecas Tragödien*, Meisenheim 1974. Destacables son los capítulos dedicados a las literaturas eslavas, obra de W. Busch, y las escandinavas, de G. Dahlberg, pues representan una obra de pioneros en un campo que hasta la fecha no había sido tratado por ningún especialista, y pese a la falta de estudios precedentes, representan un punto de partida inevitable para posteriores trabajos.

A lo largo de los diferentes capítulos se va viendo la diversidad de formas en que la influencia de la obra dramática de Séneca se ha realizado sobre la escena europea, por tradición indirecta como en el caso de la italiana, que la recibe en el XVII procedente de otros países europeos como Francia o Alemania, o en el caso de la literatura polaca, a través del drama barroco de los jesuitas, o bien los condicionamientos a veces políticos que hicieron de los dramas de Séneca un modelo literario como en el caso de la literatura holandesa, en donde la época de influencia máxima coincide con la lucha de liberación nacional contra el dominio español, o de tradición directa como la realizada sobre el drama isabelino inglés o el clasicismo francés, de fundamental importancia para el desarrollo de la dramaturgia en dichos países, o bien la escasa relevancia que supuso para literaturas como las

escandinavas, e incluso la española, donde triunfó el modelo desarrollado por Lope de Vega frente al clasicista de Séneca.

Cada capítulo viene cerrado por una bibliografía de carácter exhaustivo sobre el tema, y un índice final recoge los autores y las obras dramáticas citadas permitiendo una fácil y directa consulta del libro.

Planteado con otros criterios que la obra de J. Jaquot, *Les tragédies de Sénèque et le théâtre de la Renaissance*, París 1964, el libro interesará tanto al especialista en las diferentes literaturas como al filólogo clásico deseoso de saber la suerte de Séneca a lo largo de los siglos. Finalmente, llamar la atención sobre algo que puede pasar desapercibido. Pese a su fecha de aparición, las diferentes contribuciones del volumen estaban ya redactadas en 1972, por lo que pese a actualizaciones bibliográficas de última hora, refleja el estado de la cuestión hasta dicho año.

LEONOR PÉREZ GÓMEZ

SCHWYZER, H.-R. — *Plotinos* (Sonderausgaben der Paulyschen Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft). München, Alfred Druckenmüller Verlag, 1978, cols. 471-592 y 311-328.

Para comprender el carácter de esta obra, es preciso tener en cuenta que se trata en realidad de una tirada aparte de dos aportaciones del mismo autor a la *Realencyclopädie* de Pauly-Wissowa: el artículo «Plotinos» de 1951 (XXI 1, 471-592) y el apéndice de 1978 (Supplementband 15, 311-328). En la presente edición esas dos aportaciones aparecen simplemente yuxtapuestas, precedidas de una brevísima introducción, pero por lo demás inalteradas y aun con la misma numeración de columnas y líneas que en la edición original. Ambas juntas equivalen de hecho a una segunda edición. En su magno artículo de 1951, Schwyzer abordaba con su habitual competencia, minuciosidad y buen juicio todos los problemas que puedan interesar al lector de Plotino: vida, relación con Amonio, docencia, obras, doctrina, fuentes, pervivencia y bibliografía, incluido un estudio valiosísimo sobre la lengua de Plotino completado ahora, en la segunda parte (321-3), con nuevas adiciones y correcciones. Desde el punto de vista de la presente reseña, interesa más, por su novedad, el apéndice de 1978, que, en dieciocho apretadas columnas, nos ofrece, además de una utilísimas bibliografía puesta al día, una serie de rectificaciones y adiciones, o bien puntualizaciones, al artículo anterior. Entre las rectificaciones destacan las referentes a la cronología de la vida de Plotino, a las últimas palabras de éste, que Schwyzer considera ahora como posible invención de Porfirio, y al problema de Amonio. El autor rechaza ahora la confusión entre cardinales y ordinales que Oppermann atribuyera a Porfirio y adopta una cronología que considero aceptable (sólo que en adelante habrá que tener en cuenta las fechas de Claudio a la luz de las últimas publicaciones papirológicas: cf. T. D. Barnes en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 17, 1976, p. 66): el nacimiento de Plotino lo pone en la segunda mitad del 203 o primeros meses del 204, su salida con el ejército en los primeros meses del 242 y la composición de la *Vida* entre el verano del 299 y el del 301 como términos *post quem* y *ante quem* respectivamente; la notación de la llegada de Plotino a Roma a la edad de cuarenta años no se basa en una hipótesis de Eustoquio; Amelio abandonó Roma antes que Plotino y es improbable que éste escribiera

los últimos tratados después de su partida de Roma. De las últimas palabras de Plotino se han dado diversas interpretaciones, ninguna de las cuales ha logrado aceptación unánime entre los críticos y es probable que tampoco la logre la nueva de Schwyzer (cf. *MH* 33, 1976, pp. 85-97), entre otras razones porque se aparta del texto de los códices. Respecto al problema de Amonio, la novedad más importante consiste en el rechazo del *De prouidentia* de Hierocles como base para la reconstrucción del sistema amoniano, arguyendo con razón que «mit φησί ist hier (i.e. en el Cod. 251 de la *Biblioteca* de Focio) nicht etwa Ammonios bei Hierokles, sondern Hierokles bei Photios gemeint». Esto es verdad, pero tal vez Schwyzer va demasiado lejos al dejar a Amonio reducido de nuevo a ser «una gran sombra». El cap. 3 de Nemesio de Emesa, *De natura hominis*, comparado con las *Enéadas*, puede arrojar un rayo de luz sobre el problema amoniano (cf. *Pensamiento* 35, 1979, pp. 332-4 y 344-5). Pasando al capítulo de adiciones y puntualizaciones, todas ellas las encuentro convincentes y enriquecedoras. Sin ánimo de citarlas todas, señalo la reafirmación de la existencia de una edición, al menos parcial, de las obras de Plotino por Eustoquio; la nueva y puntual información sobre el cap. 16 de la *Vida*, sobre todo a la luz de los descubrimientos de Nag Hammadi; el rechazo, por arbitrarios, de los bustos de Plotino, supuestamente derivados del retrato que le hizo Carterio; la admisión de las sugerencias de Harder sobre algunos puntos oscuros de la *Vida*; la aceptación de la teoría de Dodds, bien que tácitamente depurada, de la evolución en la concepción plotiniana de la bajada del alma humana; la lista de los diálogos platónicos más citados o aludidos en las *Enéadas*, que prueba que la que el autor anónimo de los *Prolegomena philosophiae platonicae* atribuye a Jámblico es de hecho anterior a éste; la identificación del Sapiens Graecus de los *Arabica* con Plotino, no con Porfirio, como sostienen Kutsch y otros, y el rechazo del intento de Thillet de distinguir, en la paráfrasis árabe, el fondo porfiriano del plotiniano. Me es grato terminar diciendo que por la cantidad exhaustiva de los temas tratados, el rigor científico, el buen juicio y la riqueza informativa, esta obra tan pequeña en apariencia constituye la mejor introducción de conjunto existente hasta ahora al estudio de Plotino. ¡Ojalá que fuera el autor mismo quien la superara en una nueva edición!

J. IGAL

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

HELCK, WOLFGANG. — *Die Beziehungen Ägyptens und Vorderasiens zur Ägäis bis ins 7. Jahrhundert v. Chr.* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979, 356 pp.

De apasionante puede calificarse este libro relativo a las relaciones entre Egipto y Asia, de una parte, y el mundo egeo, de otra, desde el neolítico hasta el siglo VII a. C. (en realidad hasta una fecha en torno al 700 a. C., esencialmente). El autor, egiptólogo, domina en forma exhaustiva todo lo relativo a la cultura material y el arte de estos territorios; y no se limita a exponer el estado de nuestros conocimientos, sino que con la mayor frecuencia el libro contiene el resultado de investigaciones propias y refleja opiniones personales.

Tiene interés, de otra parte, el enfoque: el estudio de las corrientes comerciales, de las vías seguidas por el comercio en las diferentes épocas, de la transformación de objetos o motivos provistos de un significado religioso hasta convertirse en puramente decorativos; el esfuerzo por inducir, a partir de las consecuencias deducidas de los escasos restos arqueológicos, otras que afectan a objetos no documentados directamente (textiles, el contenido de los objetos de cerámica, etc.). Se trata, en definitiva, de un enfoque histórico-cultural, que hace vivir ante nosotros un mundo complejo y en constante interrelación. Todo esto da origen a estudios particulares: por ejemplo, sobre los caminos del comercio en el Egeo antes del Nuevo imperio (p. 38 ss.), sobre las citas de Creta en Egipto y Acad en esta misma época (p. 26 ss.), sobre problemas cronológicos de la misma (p. 45 ss.), sobre los «pueblos del mar» (p. 132 ss., estudio muy importante), sobre la toma en Grecia del alfabeto fenicio (p. 165 ss.: el alfabeto habría sido tomado en Grecia de comerciantes fenicios y en dos formas diferentes), etc.

Antes de la invasión de los «pueblos del mar» es relativamente escaso el material arqueológico, sobre todo durante los imperios Antiguo y Medio: los datos son estudiados muy exhaustivamente. Más completos son los datos en el tiempo del Nuevo imperio, aunque en buena medida se refieren a las representaciones de cretenses en los monumentos. En otra, sin embargo, se trata de «motivos» cretenses en Egipto (esfinge hembra, grifo, ramillete de flores, lucha de animales, «galope volante») y del comercio entre Micenas y el Egipto en la época de El Amarna. Es notable que parece ser mayor el influjo griego en Egipto que el egipcio en Grecia o el asiático en Egipto. Es estudiado también el influjo asiático en Grecia (cerámica oriental en Grecia, comercio de los metales, mercancías que han dejado su nombre en griego, etc.).

El centro del libro está, sin embargo, en las relaciones entre Oriente y Grecia tras la invasión de los «pueblos del mar», hasta, como decimos, 700 a. C. más o menos. Se estudia separadamente el influjo de la cultura material (a veces de carácter religioso) y el de los «motivos». La documentación aportada es copiosa y hay estudios muy importantes, por ejemplo, el de las estatuas de la diosa, el de las armas, etc. En estos casos y en otros como el del mito, Helck postula fundamentalmente un influjo que parte de la costa del N. de Siria y de Fenicia, pero que remonta a su *hinterland* en el reino de Urtu y en los estados hurritas que sucedieron a los hetitas.

Es naturalmente imposible discutir aquí en detalle las afirmaciones e hipótesis del libro. Trabajando sobre materiales muy completos (dentro de lo parcial de nuestra documentación) aporta una gran cantidad de datos útiles. Algunos pueden resultar discutibles, como el supuesto influjo egipcio en el tipo de los *kuroi* desnudos (el propio autor, p. 206, reconoce el escaso influjo de Egipto en el arte griego) o el supuesto influjo de los tronos de Urtu en el tipo griego del dios sentado. Afirmaciones sobre el origen de mitos griegos a partir de representaciones de mitos orientales (por ejemplo, del mito de la muerte de la Gorgona por Perseo, a cuyo lado aparece Hermes, a partir del mito de la muerte de Huwawa por Gilgamés y Enkidu), representan simples posibilidades. El origen oriental de los centauros y de su lucha con los héroes es más problemático aún.

En general habría que decir que las partes relativas a los mitos, la religión y la mitología son las más flojas del libro. Pienso que son dominios en los que éste deja muchísimo que decir y hace, en relación, por ejemplo, con el origen de los dioses griegos, afirmaciones a veces poco seguras. Sin duda, el tema habría mere-

cido un libro de por sí: sobre el influjo de Oriente en Homero, Hesíodo o la lírica, sobre la figura de Heracles y sus mitos en conjunto (y no sólo tal o cual mito), etc., habría mucho que añadir. No es esto negar aquello que de valioso hay en el libro. Es notable, por ejemplo, el paralelo de dos pasajes hetitas a los de Opiano y Apolodoro sobre el mito de Zeus y Tifón: en un tema muy trillado últimamente el autor ha encontrado cosas nuevas que decir.

Con todo, habría que hacer una objeción de conjunto a un libro en el que, pese a algunas salvedades que se hacen, la cultura griega aparece más bien como una simple proyección de la oriental. Muchos de los temas estudiados (temas decorativos, figuras divinas, etc.) pueden quizá explicarse no por influjos orientales, sino de la cultura antigua europea, la cultura neolítica y calcolítica de los Balcanes y la Grecia (incluida Creta) preindoeuropea, tan estudiada hoy y a la que no se hace alusión en el libro. Las relaciones entre esta cultura y la de Oriente son claras: sea ésta una coincidencia de origen o bien un influjo secundario. Esto explica muchas cosas presentes ya en Grecia en el tercer milenio y que continuaron vivas luego.

Pero, de otra parte, está también la cultura indoeuropea, que influyó tanto en Grecia como en Oriente (en el imperio hetita, pero no sólo allí). Así, las coincidencias entre los enterramientos de Patroclo y Aquiles en la *Iliada* y el ritual hetita, pueden explicarse por las raíces indoeuropeas comunes: piénsese en las suntuosas tumbas de los príncipes tracios o escitas y, en definitiva, en un ritual que permaneció vivo en Macedonia, donde fue llevado a su culminación por los reyes de este país en los siglos IV y III a. C. En términos generales, nuestro autor limita demasiado estrechamente el ámbito de las relaciones griegas hacia el Norte: ¿por qué pensar tan sólo en Tracia, por ejemplo, como origen de Ares? En religión, en la épica, en la lírica las raíces indoeuropeas son importantes.

Esto no es más que una rápida apreciación de un libro que merecía un estudio más detenido y que, con las limitaciones que pueda tener, es claro que nos ayuda a comprender mejor los orígenes de la cultura griega.

F. R. ADRADOS

NICOLET, C. (Director). — *Rome et la conquête du monde méditerranéen*. Tome II. *Genèse d'un empire*. Paris 1978, pp. 469-940 + 5 mapas.

Desde hace tiempo se venía sintiendo la necesidad de rellenar una gran laguna en esta colección que tan bien ha sabido conjuntar las características de ser libro de texto y, al mismo tiempo, un precioso instrumento auxiliar del investigador. Últimamente han aparecido dos volúmenes dedicados al mundo helenístico y otros dos que se ocupan de la historia de Roma en el período que media entre las guerras púnicas y Augusto. Nuestra atención va a centrarse aquí en el último de estos volúmenes, que se ocupa de la conquista del Mediterráneo por Roma y que abarca, en el tiempo, desde el 264 hasta el 27 a. C.; es decir, la época en que se forja el Imperio romano.

La elaboración de este volumen, bajo la dirección de C. Nicolet, ha corrido a cargo de renombrados especialistas en las múltiples y variadas parcelas que abarca la temática. Sin embargo, puede calificarse de satisfactoria la unificación, tanto

metodológica como de enfoque, que los autores se propusieron según su propia confesión al comienzo del volumen que analizamos.

El volumen está dividido en dos partes que se ocupan respectivamente del Occidente y del Oriente mediterráneo. La primera está dedicada al N. de África (tres capítulos), Península Ibérica (uno) y Galia (dos). La segunda parte la forman tres extensos capítulos (Siglo II, Siglo I y Judíos) que, de modo conciso, van mostrando los progresos de la conquista y organización romanas en aquella zona del Mediterráneo.

En cada uno de los distintos apartados se da, en primer lugar, una completa y estudiada enumeración de las fuentes de que puede valerse el estudioso de las diversas cuestiones; después sigue un estudio diacrónico que se inicia desde la época prerromana a fin de que el lector comprenda mejor la acción romana. No falta, por supuesto, el estudio de la geografía de las distintas regiones con sus repercusiones políticas y económicas.

Junto a todo lo anterior hay que destacar la completa y actualizada bibliografía que se incluye al comienzo del volumen y que complementa la contenida en el volumen VIII de la colección dedicado a ver esta época en la Italia de la conquista. Al final, el director estudia, a modo de conclusión, el «imperialismo» romano fijándose en los protagonistas y medios de la conquista.

No nos queda más que felicitar a todos los participantes en esta obra por su utilísima aportación al conocimiento de esta crucial parcela de la historia antigua, así como desear la pronta aparición de los volúmenes que quedan por ver la luz.

EDUARDO MATILLA VICENTE

BRAUN, R. y RICHER, J. (Editores).— *L'empereur Julien. De l'histoire à la légende (331-1715)*, Paris 1978, 432 pp. + 8 de láms.

El subtítulo de la obra merecería ser trocado: por lo menos, en este primer volumen —y es de esperar que ocurra todavía más en el que estudie la figura del emperador desde 1715 hasta la actualidad—, más que investigarse la transformación de su biografía histórica en leyenda, se jalonan los mojones que van devolviendo a la historicidad un personaje que entró en la leyenda poco menos que inmediatamente. En efecto, el resultado que emerge del tratamiento «en mosaico» de diferentes facetas del Apóstata y de su contemplación a lo largo de estos siglos permite la conclusión de que ya la caracterización de aquél en S. Gregorio Nacianceno contiene los gérmenes de la leyenda, en cuanto se aparta de la historicidad con que lo mostró Amiano Marcelino.

Ello no significa, sin embargo, que ese subtítulo no sea, en otro sentido, muy adecuado: es la obra en sí la que pasa de una primera parte en que se revistan los elementos históricos de la figura de Juliano a otra en que se hace lo propio con los legendarios. Entre aquéllos, biografía en general (R. Braun) y particular: en A. Marcelino (J. Fontaine), en Libanio (P. Petit), noticias autobiográficas en la obra juliana (J. Bouffartigue) y polémicas en la de S. Gregorio (J. Bernardi); aspectos ideológicos: helenismo (P. Huart), romanidad (J.-P. Weiss), judaísmo (C. Aziza), cristianismo (R. Braun), filosofía (J. Cl. Foussard) e iconografía (L. Cohen).

Los legendarios no aparecen en su gestación, sino ya del todo fraguados en una de las versiones más inverosímiles de cuantas son examinadas: los relatos siríacos de los siglos VI-VIII *Historia de Eusebio e Historia de Joviano* (J. Rieher). El resto del medievo es tratado por J. Larmat, con un estudio particular de la *Kayserchronik* a cargo de A. Sauris. Parecidamente, el Humanismo (J. Larmat), con estudios especiales de J. Nicolas sobre Juliano en el teatro sacro del Renacimiento italiano. A partir de ahí, se discurre por nacionalidades: Fr. Hartweg apunta preferentemente hacia la pervivencia en literatura alemana —incluso el teatro jesuítico de que se trata es fundamentalmente el surgido en tierras germánicas—, estudio acompañado también de otro particular sobre Moscherosch; L.-E. Roux, hacia España; Cl. Faisant cierra el volumen ocupándose de Juliano en el XVII francés.

No ha de extrañar que algunas de estas partes aparezcan como más logradas que otras: aparte de la intención de cada autor, las mismas materias de que cada uno trata —tan distintas entre sí— pueden haber ofrecido mejor o peor ocasión de profundización y comentario. Tal, por ejemplo, la calidad de la «tragedia cristiana» de Jeremías Drexel o del *De Juliano Apóstata* de nuestro Vélez de Guevara, que han dado pie a penetrantes estudios de literatura escénica, psicología y aun teología por los autores respectivos; o el denso siglo XVII francés, cuyo racionalismo ambiental prolonga los logros conseguidos por la erudición en el siglo anterior (Bodin, Montaigne, etc.), hasta alcanzar, sobre todo en personalidades como La Mothe Le Vayer, casi la meta de la presente obra, lo que proporciona al Prof. Faisant ocasión de un contraste con otras figuras de la talla de un Bossuet, p. ej., verdaderamente relevante. Frente a ello, por otro ejemplo, las historias siríacas —de las que se da un resumen sobre la traducción inglesa de Gollancz— son de una tal ingenuidad que apenas han suscitado más que laudables esfuerzos hermenéuticos, especialmente para la identificación de los *realia*. (Ya quedó dicho que la obra, en general, no es una investigación sobre cómo se han ido incorporando a la leyenda sus distintos elementos.) Claro que no todas las diferencias deben haber sido provocadas, posiblemente, por los temas mismos: así, polarizando, por un lado, la figura de Juliano en Amiano Marcelino es analizada finamente, reconociendo la ventaja que el historiador tenía para ello «al ser romano sin perder lo griego», «testigo ocular y partícipe de los hechos», de cuyas cualidades se derivan tendencias tan maravillosamente presentadas que llegan a embeber incluso el fuerte retoricismo con que se las expresa, prestigiándose con él (cf., p. ej., pp. 45-46: «vraisemblance parfois plus proche de la semblance que du vrai»). La contrapartida podría situarse en el estudio sobre Juliano y el judaísmo, al cabo del cual el lector se queda sin saber si la conducta del emperador era oportunismo o tolerancia, sin que puedan ayudarle a resolver este problema crucial afirmaciones de un grado de sectarismo difícilmente conciliable con el trabajo científico.

Algunas objeciones de menor importancia: p. 115, n. 131, convenía probablemente haber enumerado todas las direcciones moralizantes de Juliano: no excusa de ello el que no pudieran, por las dimensiones de la obra, exponerse por extenso. P. 123, no parece razonada la objeción contra el calificativo de «apóstata», a base de suponer, con Huart, que Juliano no fue sino siempre un adepto del helenismo, del que no abjuró jamás: el peyorativo se le aplica por parte de los cristianos, quienes incluso por buena fe estaban obligados a creer que Juliano era uno de ellos en sus años mozos. P. 155, el lector agradecería, probablemente, que se le hubiera puesto delante el pasaje del propio Juliano referente a la reconstrucción del Templo de Jerusalén. P. 187, interesante, a buen seguro, lo que queda por hacer: la influencia

del cristianismo en el paganismo de Juliano; no palfa suficientemente el haber prescindido de ello la afirmación de que existió entre ambas vivencias una «trágica incompreensión». P. 313, el despropósito sostenido por Montaigne, de que la conversión del imperio al cristianismo provocó la destrucción de obras de la literatura pagana, es citado sin correctivo ninguno. P. 314, la bibliografía citada en n. 4 no parece particularmente incorporada al correspondiente estudio, de modo que aparezca con claridad cuánto se le debe, en qué se la acepta y en qué se discrepa de ella. P. 341 ss., no viene aludido el carácter alegórico (al menos, parcialmente) del *Pammachius*, donde la reyerta de Juliano con el cristianismo se aprovecha para presentar una visión de las desavenencias entre el Imperio y el Pontificado durante la E. Media. P. 364, el importante juicio que se emite sobre el teatro jesuítico no parece que debiera haber encontrado ninguna contradicción en el «obstáculo de la lengua»: el latín, en efecto, seguía siendo lengua de cultura para intelectuales, y a un público de ellos o de quienes iban a serlo se dirigían aquellas producciones.

Mucho más numerosos e importantes son los logros de la obra destacables bien por su originalidad, bien porque zanzan con convencimiento opiniones ya apuntadas —cf. la valiosa selección bibliográfica de p. 188—: precisión de que en el decreto de Juliano no se prohibía a los cristianos la lectura de los clásicos, sino que se dedicaran a su enseñanza (p. 27); valoración de Juliano como escritor (p. 30), como innovador en el paganismo (p. 130) y en su propaganda, sutil y velada, en vez de la duramente impuesta por emperadores paganos anteriores, lo que le hacía más execrable en el juicio de los cristianos (p. 83) —no se silencia la reivindicación de este juicio en la persona de S. Gregorio (p. 93)—, oposición con los cristianos que no suprime, sino cruza, la oposición oriente/occidente (p. 139) y que, en realidad, permite reconocer provocada la apostasía de Juliano en su fidelidad al helenismo, que le mantiene también distanciado del judaísmo —si bien la expresión «duros de cerviz» más bien pudo haberla tomado Juliano de la propia Biblia (p. 180)—; profunda interpretación filosófica del pasaje «místico» de la contemplación juliánea de los astros (p. 199); puesta al día de la cuestión iconográfica (pp. 213-227 y láms.): se admite (p. 220) la tesis de Babelon (hay retrato de Juliano —si bien mal ejecutado por mor de la decadencia artística de la época— en la numismática, y no mera reproducción de emperadores anteriores), pero se la pone en cierta cuarentena (p. 221) por lo que toca a las monedas de Lyon y tal vez algunas más; buenas introducciones y notas en la presentación de las piezas medievales (Rosvita, Gallicanus, S. Pedro Damián, etc.), aunque quizás era de desear una conclusión recapitulativa del período, en el sentido en el que luego se hará, modélicamente, a propósito de la *Kayserchronik* (p. 300 ss.); excelente rectificación del juicio sobre Mosche-rosh (p. 376); interesante ponderación, mediante argumento polarizado, acerca del P. Petau sobre el personaje cuestionado: si por pagano hubiera que haberle excluido de los estudios de los cristianos, se le estaría dando la razón precisamente en lo que tanto se le criticó por su edicto prohibitorio (pp. 414-415).

Logros importantes, que, aparte su valor intrínseco, constituyen un acicate para que se continúe pronto la investigación sobre tan cuestionada figura hasta la actualidad.

S. MARINER BIGORRA